

Con la ceremonia de la «Vestición» Teresa había iniciado su Noviciado. Sin embargo, la vida religiosa sufrió un duro revés tras la Revolución de Setiembre de 1868. A causa de la prohibición gubernamental de la vida contemplativa, las clarisas abrieron una escuela y Teresa ejercía como maestra. Su titulación y su habilidad alimentaban grandes expectativas a su nueva dedicación.

Algo más tarde, una nueva ley prohibió la emisión de votos religiosos. Pero este no fue el único obstáculo que impidió a Teresa profesar y vestir el velo negro. Una postilla maligna, incurable y contagiosa, apareció en su cara. Su padre acudió solícito a buscarla y, por obediencia, Teresa tuvo que regresar a Aitona. Ella



misma comprendió que el Señor le tenía reservado otro destino -¡más grande!- que el convento. En Briviesca quedaría el recuerdo grato y el afecto sincero de esta «monja ejemplar».

Poco tiempo después de su llegada al pueblo natal, Teresa recuperó milagrosamente la salud. El único rastro de la postilla era una gran cicatriz en la cara que conservaría toda la vida. Pero la llaga que le producía en su alma verse apartada de la vida contemplativa no sería tan fácil de cicatrizar. Ella seguía experimentando cómo el Señor la quería toda para Él.

En 1870 el padre Francisco sufrió la prisión por su compromiso cristiano. Su confianza en la cruz en aquellas duras circunstancias afianzó aún más su fe. Su ejemplo quedó fuertemente grabado en el espíritu de Teresa: «*El que no sabe sufrir no sabe vivir*», «*El que quiera gozar con Cristo ha de padecer con Él*», repetirá más adelante a sus hijas espirituales.

Mientras tanto, Teresa aceptó la invitación de su tío a colaborar en su apostolado de educación. Actuó como Visitadora de las escuelas abiertas en Cataluña, Aragón y Baleares siguiendo su única recomendación: «*Obrad como el Espíritu Santo os dicte*». La muerte inesperada del padre Francisco el 20 de marzo de 1872, contagiado en su servicio a los apestados de Calasanz, fue otra prueba muy dura para Teresa. La obra de las Terciarias Carmelitas se desestabilizó y ella regresó nuevamente a Aitona con esta duda: «*Señor, ¿qué queréis que haga?*»



PENSAMIENTOS DE SANTA TERESA DE JESÚS JORNET

- ✓ Obremos siempre por Dios, con el recto fin de agradarle y servirle.
- ✓ Veamos siempre en todas las cosas el poder y la Providencia de Dios.
- ✓ Bendigamos a Nuestro Señor en todo lo que Él dispone.

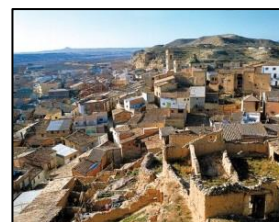


El 9 de enero de 2018 las Hermanitas de los Ancianos Desamparados han celebrado el 175º aniversario del nacimiento de santa Teresa de Jesús Jornet Ibars (Aitona, Lleida 1843 – Liria, Valencia 1897), su fundadora. Por ello, este año dedicaremos las Hojas Cuaresmales a conocer a nuestra Santa catalana más universal, que orientó su vida con esta convicción: «Dios en el corazón, la eternidad en el pensamiento, el mundo bajo los pies».

1

LLAMADA A CONSAGRARSE A DIOS

Infancia en Aitona



El 9 de enero de 1843, mientras las campanas de San Antolín tocaban al Ángelus, nació Teresa en la casa de sus abuelos en la calle Barceloneta de Aitona, población situada a orillas del Segre, al pie de la Serra Llarga, a 22 km de Lleida. Era la hija primogénita de Francisco Jornet i Gaya y de Antonia Ibars i Palau, matrimonio de campesinos medianamente acomodados que tuvieron cinco hijos más: Josefa (1846), Filomena (1850); María (1852), Juan (1855) y José (1859). Filomena y José murieron recién nacidos.

La familia era profundamente cristiana e influida por el padre Francisco Palau i Quer, carmelita descalzo tío abuelo de Teresa. Al día siguiente de nacer, el párroco Francisco Palau i Gaya bautizó a la niña en la iglesia parroquial de San Antolín. A los seis años, el obispo Josep Costa i Borràs la confirmó en la fe durante su Visita pastoral. Años más tarde recibió la Primera Comunió.



La niña crecía en el ambiente de trabajo y de religiosidad del hogar. Con el ejemplo de sus padres *Tereseta* aprendió a rezar y a ser solícita con los pobres. Les daba limosna y, a menudo, les abría la casa para compartir mesa y alimentos. Así, su bondad natural fue moldeando el alma piadosa y caritativa que pronto la distinguió.

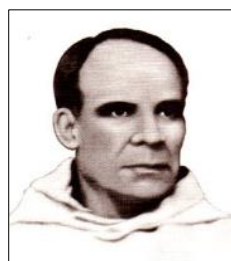
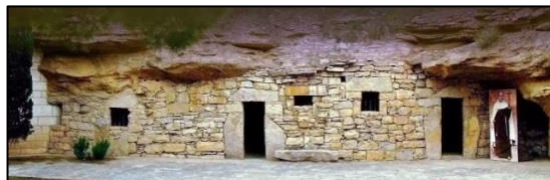
Formación en Lleida y Fraga

Teresa tenía gran fuerza de voluntad, era responsable y trabajadora. Su inteligencia despierta llamaba la atención de sus padres y tíos. Sus buenas

aptitudes y, quizá, el aumento de la familia con el nacimiento de sus hermanos, determinaron a su tía materna, Rosa Ibars i Palau, a pedir permiso para llevarse consigo *Tereseta* a Lleida, donde vivía, para darle estudios.

A partir de los once años, la convivencia con tía Rosa sirvió a Teresa para progresar académicamente y adquirir una educación esmerada. El dolor por la separación de sus padres y hermanos y la intensa vida de piedad de su tía le ayudaron a forjar un corazón fuerte en las dificultades y confiado a la Providencia de Dios.

De vuelta al pueblo por vacaciones, Teresa se mantuvo humilde y sencilla. Sacaba partido de su ascendiente sobre las amigas y quedaba con ellas para ir



los domingos a Misa y a rezar el Rosario. Por la tarde, solían pasear hacia una ermita a dos km de distancia rezando el Vía Crucis. Cerca de allí se hallaba la *Cueva* donde el tío Francisco alternaba la soledad eremítica con la vida apostólica. Convertido en testigo vivo de santidad, su entrega y fortaleza marcarían para siempre el corazón de Teresa.

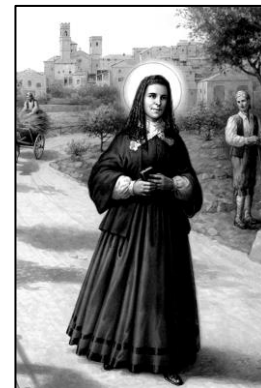
La estancia de Teresa en Lleida se prolongó hasta los catorce años. Sus padres decidieron que estudiara Magisterio en Fraga, población equidistante de Lleida y Aitona, acompañada también por la tía Rosa. Seguramente siguieron el consejo del padre Francisco para recibir una formación que la preparara para sus proyectos apostólicos.

Teresa siguió los cursos de Magisterio bajo la dirección de la maestra doña Petra de la Cruz y se examinaba en Huesca. Sus profesores y condiscípulos la conocieron como una alumna responsable y dócil, amable y generosa. Obtenido el título de Magisterio a los 19 años, hizo oposiciones y le fue confiada la escuela de Argensola, pequeña población de la Anoia (Barcelona).

Maestra en Argensola

Aquí se abrió una etapa importante de maduración personal y espiritual de Teresa. Acompañada de su hermana María, nueve años menor que ella, desarrolló una vida libre e independiente. Durante dos años la joven maestra ejerció con abnegada dedicación velando por la formación humana y cristiana de sus alumnas. Su paciencia y solicitud, especialmente con las más necesitadas, su

piedad y ejemplo llamaban la atención de alumnas y padres. En su alma sentía la necesidad de rezar y recibir los sacramentos. Cada semana se trasladaba a Igualada para confesarse, recorriendo a pie 20 km de camino.



Teresa entendía la enseñanza como un apostolado que educara cristianamente a las niñas de hoy para formar a las madres de mañana. Sin embargo, la enseñanza no llenaba sus aspiraciones. En su interior sentía la llamada de Dios y buscaba con sinceridad qué le pedía.

¿Señor, qué quieres de mí?

A la vez que Teresa descubre que Dios la llama a la vida religiosa, se inicia una nueva etapa de discernimiento sobre esta vocación. Son diez años de duras pruebas, entre 1862 y 1872, coincidiendo con los proyectos apostólicos del padre Francisco. Su celo pastoral y las circunstancias históricas del momento habían movido al carmelita a fundar el Instituto de Hermanos Terciarios Carmelitas y el de **Hermanas Terciarias Carmelitas**. Su idea consistía en unir la vida contemplativa, peculiar de la espiritualidad carmelitana, y el apostolado activo mediante la enseñanza y otras obras de caridad.

El padre Francisco aspiraba a que su sobrina pusiera su condición de maestra y sus buenas cualidades al servicio de las escuelas teresianas. Teresa aceptó con entusiasmo pero sufría por el recelo que suscitaba la predilección del padre Francisco hacia ella. Además crecía su anhelo interior de una vida religiosa contemplativa.

Su hermana Josefa también había escuchado la llamada divina y ya estaba determinada a ingresar en el Asilo de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, en Lleida. Teresa, en cambio, eligió el **monasterio de Santa Clara de Briviesca**, población cercana a Burgos. Pero procuró acelerar su marcha para coincidir con la de Josefa, a principios de julio de 1868.



Teresa se sentía feliz en la clausura. La pobreza franciscana de las monjas clarisas se le presentó como una liberación de las cosas materiales y de identificación con Cristo. Su firme deseo de corresponder con fidelidad a la llamada divina traslucían en un sereno dominio de sí misma y un trato dulce y amable para con todos.